LECTURAS

Stevenson congela Edimburgo

La capital escocesa vista por el autor de **La isla del tesoro**

SAÚL FERNÁNDEZ

Edimburgo es una ciudad muy «cool». Se amontonó durante siglos en la ladera de un volcán extinto que guarda las joyas de la corona de Escocia, un tesoro del que el rey Eduardo I «Longshanks» se apropió cuando sometió el país de «Braveheart» en pleno siglo XIV. La capital de Escocia crece tierra adentro, pero clava su mirada legendaria en el fiordo de Forth, en pleno mar del Norte. Siempre ha sido una ciudad pedregosa. Porque las piedras han escondido sus misterios y porque la dureza mineral ha mantenido congelado el tiempo del amor propio de los siglos pasados y el valor minusvalorado de un porvenir a la vuelta de la esquina. El Gobierno británico preguntará a no mucho tardar a los escoceses si quieren seguir siendo británicos o prefieren volver a ser nacionales de Escocia, el país que dejó de ser país cuando el rey Jacobo VI se convirtió en Jacobo I y en Escocia dejaron de contar más reyes.

Y digo que sigue siendo una ciudad muy «cool» porque ya en su pasado de gloria y desparpajo era muy «cool». En Edimburgo, por ejemplo, nació **Adam Smith**, que se inventó el capitalismo. Y eso tiene su mérito. También es de Edimburgo el filósofo **David Hume**, el de las ideas y las impresiones. Y **Walter Scott**, **Arthur Conan Doyle** y también **Robert Louis Stevenson**… Este último publicó en 1879 este **Edimburgo. Notas pintoresca**s que ahora recupera la editorial Abada. Una guía literaria para descubrir los recovecos de una ciudad que contempla la vida con mirada de leyenda. Edimburgo es la ciudad de los muertos, de los fantasmas, de los asesinos… Stevenson recorre la ciudad en que nació antes de desaparecer en los mares del Sur, donde terminó sus días contando los cuentos grabados en la lápida de Samoa que recuerda su memoria. Aquí yace Tusitala. Estas notas pintorescas parecen apuntes del natural: bosquejos para el futuro. Stevenson se perdió por media Europa, por los Estados Unidos, en el otro lado del mundo… Afán romántico de congelar el tiempo, retratos urbanos en doble salto mortal.

Estas notas pintorescas que escribió el autor de **La isla del tesoro** son imperecederas: el cogollo histórico de la capital de Escocia es eterno, apenas ha sufrido cambios desde que en pleno siglo de las Luces las autoridades municipales decidieron asaltar la llanura más allá de la Milla Real, la calle que cosía el castillo sobre el volcán extinto y el parque del palacio de Holyroodhouse, donde Lord Darnsley cosió a puñaladas a Davide Rizzio, el secretario de María, su esposa, la reina de los escoceses, el primer espía de la Santa Sede en tierra de paganos protestantes.

John Ruskin detuvo en el tiempo la ciudad de la laguna Véneta y publicó **Las piedras de Venecia**. **Fernando Pessoa** hizo lo propio con **Lisboa. Lo que el turista debe ver** y, algunos años después, **Ignacio Aldecoa** hizo algo parecido con **El País Vasco**, el libro sobre la tierra en que nació. La literatura tiene afán de perpetuidad y las ciudades no son ajenas a este deseo. Stevenson escribe sobre el casco histórico (el traductor de estas notas llama a la Royal Mile calle Mayor, no indica la razón). Escribe también sobre las leyendas sangrientas (cuenta la historia de Deacon Brody, persona de orden por la mañana, ladrón al anochecer), sobre la calle de los Príncipes, sobre la colina Calton… Pero el creador de **El misterioso caso del doctor Jekyll y el señor Hyde** no limita su trabajo a la descripción notarial de su ciudad, donde estudió **James Barrie**, el inventor de Peter Pan. Se ríe de sus vecinos: «Mitad capital y mitad ciudad de provincias, toda la población lleva una doble existencia; tiene largos trances de la una y destellos de la otra…» (p.16) Y, pese a ello, es consciente de que su ciudad es una ciudad redonda, «pues todo lugar es centro de la tierra, desde donde irradian las carreteras y los barcos zarpan hacia puertos extranjeros» (p. 149).

Edimburgo. Notas pintorescas
ROBERT LOUIS STEVENSON.
Madrid, Abada, 2012

El atlas de las nubes
DAVID MITCHELL
Duomo 2012

Máquina de

David Mitchell deja patente su don de contar en **El atlas de las nubes**

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Hace unos meses (LA NUEVA ESPAÑA, 14-06-2012) celebrábamos desde estas páginas el talento de **David Mitchell** al lograr en **Mil otoños** «el encanto de satisfacer con nota altísima las exigencias del lector culto sin perder de vista el motivo último que inspiró el arte de la novela desde sus inicios: contar para contarse, glosar el mundo mediante el expediente de nombrarlo, y en el acto de bordar el tapiz de las infinitas historias que lo pueblan, vincular en una única ecuación a la vida con su relato». Si me cito a mí mismo es porque leyendo ahora **El atlas de las nubes**, que Mitchell publicó originalmente en 2004, seis años antes que «Mil otoños», ya en esa novela que hoy nos ocupa, y que yo desconocía cuando escribí mi anterior reseña, los motivos «scherezadeanos» estaban presentes, si cabe de modo aún más acusado.

Imaginemos una partitura que desarrolla seis temas para otros tantos instrumentos. Imaginemos ahora que, en un momento capital dentro de cada tema, éste es abandonado y desplazado por el siguiente, que de un modo u otro lo contiene. Imaginemos que eso sucede, a su vez, con el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto temas, de forma que el sexto tema interrumpe al quinto en el momento de mayor tensión musical y desarrolla, en su evolución, tanto a ese tema como a los precedentes. Imaginemos por último que, una vez concluido ese sexto tema, la rueda gira a la inversa para que los temas quinto, cuarto, tercero, segundo y primero se expongan de forma completa. ¿Extraño? Sí. ¿Oscuro? También. ¿Sugestivo? Sin duda.

Imaginemos entonces que trasladamos este modelo a la literatura, proponiendo seis historias que dialogan entre sí tal y como se ha venido abordando en el terreno musical, con fracturas, recapitulaciones y codas, una especie de sexteto literario que, en vez de

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Buceando en los arcanos del terror gótico

Resulta demoniacamente lógico que fuese la exaltación dieciochesca de la razón la que despertase la pasión por el horror. Desterrado lo irracional de la interpretación de la realidad (¡qué inocencia!), lo sobrenatural, lo oscuro, lo macabro –en suma, lo-inexplicable-que-da-miedo– encontró acogedora morada en la ficción. ¡Y con qué éxito! Según explica **David Roas** en el prólogo a esta antología, sólo entre 1790 y 1820 se publicaron más de dos mil novelas góticas en Europa y Estados Unidos.

Ahondar en los orígenes de este género literario –al que se asigna como fecha de nacimiento la publicación en 1764 de **El castillo de Otranto**, de **Horace Walpole**– es la voluntad de esta espléndida antología en la que, gracias a los desvelos de **Marian Womack**, los amantes del gótico se encontrarán con nombres clásicos (**Byron, Maturin, Mary Shelley**) pero también con auténticas rarezas como **Barbauld, Ainsworth, Drake** o **Cumberland**. En casi todos los casos, además, las obras escogidas se traducen por primera vez al castellano. Imprescindible.

Paseando con fantasmas
ANTOLOGÍA DEL CUENTO GÓTICO
Selección y traducción de Marian Womack
Páginas de Espuma
240 páginas. 17 euros

Díptico ácido sobre los egos de los escritores

El segoviano **Alberto Olmos** (1975) es autor de siete novelas y no necesitaría presentación. Pero como la memoria es caediza, airearemos dos datos: 1) con su primera novela, **A bordo del naufragio** (1998), fue finalista del «Herralde»; 2) doce años después, la revista **Granta** lo incluyó en una selección de los 22 mejores escritores jóvenes en castellano. Entre aquellos inicios y estos días, la calidad de su escritura no ha hecho sino reforzarse –la crítica llamó de modo especial la atención sobre **El talento de los demás** (Lengua de Trapo, 2007)–, a la vez que se afilaba su visión crítica de la bambolla y oropel que entrevera el mundillo literario. De eso precisamente trata **Pose**, un díptico situado en Japón en 2005 y en México en 2010. Las espléndidas páginas japonesas, crónica fragmentaria de una estancia nipona de tres años, sirven para medir el descreimiento que alcanza Olmos en las muy ácidas mexicanas, generadas por una estancia en la feria de Guadalajara. Autorradiografía en modo mayor.

Pose
ALBERTO OLMOS
La Uña Rota
134 páginas
14,90 euros